

Sociolingüística y llingua

F. ALONSO MORI

Quisiera detenerme a considerar con todos ustedes los pasos que se han venido tomando, se están tomando, y es posible, se tomen en el futuro para ofrecer una solución a los niños asturianos que están padeciendo las consecuencias de una educación deficiente por razón de no tener al castellano como primera lengua.

En principio, el camino elegido en las escuelas de nuestra región, al igual que en otros muchos lugares fuera de ella, fue el de la «eliminación del habla autóctona». Según este enfoque, tradicional en gran parte del mundo de habla hispana, y aún con cierto arraigo en muchos puntos de nuestra geografía, se ha de poner todo tipo de empeño en evitar que el niño hable su propia variante del lenguaje dentro del ámbito escolar, y cada vez que aquello ocurriera habrá de corregirse con firmeza. Al niño se le dice, cuando no se le castiga por ello, que «dixeilo anantes», «paez que nun ye fatu, pero yelo», o «entaina pa dinos con elli», no sólo está mal sino que es un habla propia de seres anormales, ignorantes. Por el contrario, el castellano, o pseudo-castellano, será lo correcto, lo bueno, lo deseable, el modelo a seguir, premiando a todos aquellos que sigan dichas pautas.

Sin embargo existen múltiples razones para considerar como equivocado este camino. En primer lugar, desde un punto de vista *psicológico*. La lengua no es simplemente un medio para la comunicación de mensajes. Se trata de algo fundamental como «símbolo de identidad» y «pertenencia a un grupo». Al sugerirle a un niño que su modo de hablar, y el de aquellos con quien se ve identificado es inferior, es manifestarle, en cierto sentido, que él mismo es un ser inferior, lo que dará como resultado, o bien su alejamiento de la escuela y de los valores que aquella pudiera comportar, o su repudio del grupo social al que pertenece.

En segundo lugar, también es equivocado desde un ángulo *social*, puesto que parece indicar que determinados grupos son más infravalorados que otros. El problema se agudiza cuando el habla que se condena es la de humildes campesinos o pescadores, y la que se enaltece la de unos maestros en gran parte aburguesados, procedentes en muchas ocasiones de áreas culturales totalmente ajenas.

Finalmente, y éste sería el argumento más importante, lo hemos de considerar equivocado desde una perspectiva de puro *pragmatismo*. Se ha demostrado que no ofrece buenos resultados y que no los podrá ofrecer. Hemos de entender que el aprendizaje de un nuevo idioma es tarea harto difícil como muchos de ustedes saben bien, y en muchos aspectos se hace incluso más difícil el aprender una variedad distinta de nuestra propia lengua. Su similitud juega en contra del deseo de mantenerlas apartadas.

Existe, por otra parte, el hecho de que en muchos casos, los hablantes no desearían cambiar su medio de expresión, aún cuando aquello fuera factible. Primero, porque no existe ventaja aparente alguna (como quizás la hubiera con el aprendizaje del inglés o el ruso, por ejemplo) puesto que el niño se podía, de todos modos, comunicar ya con los castellano-parlantes. Segundo, las presiones ejercidas por la so-

lidad del grupo de sus íntimos son muy grandes. La investigación lingüística ha llegado a determinar el grupo de amigos como una de las influencias lingüísticas más importantes. Los niños no crecen hablando a semejanza de sus padres, ni tampoco como sus maestros, pero lo que sí hacen es imitar todos los modelos del habla de sus amigos. En otras palabras, las horas que se consuman en las aulas intentando erradicar los hábitos lingüísticos asturianos, será tiempo perdido. Si los niños padecen las consecuencias de hablar en «bable», la solución jamás estará en la eliminación, o intento de eliminación, de dicha variedad lingüística.

Un segundo enfoque o método que ha recibido el apoyo incondicional de gran número de lingüistas, y parece ser modelo que se está siguiendo, o se pretende seguir, en nuestra comunidad autónoma, es el denominado «*bidialectalismo*». Según esta tendencia nuestros niños tienen el derecho de continuar utilizando el dialecto de la minoría en su hogar, con sus amigos, y en ciertas circunstancias en la propia escuela. Pero también defiende la enseñanza del castellano como lengua escolar, lengua de lectura y escritura. Ambas variedades lingüísticas, la de la mayoría, castellano-standardizada, y la de la minoría, bable-regionalizada, se discuten y tratan como dos realidades distintas, señalando y resaltando como hecho interesante las variantes diferenciales existentes entre ambas. Los objetivos se situarán en impulsar el interés de los niños hacia el idioma por medio del estudio de su propia lengua como forma legítima e interesante del lenguaje, y también el desarrollar en el niño la capacidad de «cambio de código», es decir, la sustitución de una variedad lingüística por otra cuando así lo demanden las circunstancias (algo que muchos de nosotros hacemos bastante bien, según creo). Este método reconoce los valores, por ejemplo, del habla asturiana, así como de cualquier otra variedad, para las relaciones entre los círculos de amistades, y otras funciones, respetando los sentimientos

del niño hacia su propia lengua. Para una óptima consecución de resultados se requiere que el maestro sea consciente de las relaciones lingüísticas de la estratificación social, así como que posea un buen dominio del dialecto del niño. El enfoque se concentra exclusivamente en los aspectos morfológicos y sintácticos, aunque no deja también de ser relevante el hecho de hacer consciente al niño de las variantes fonológicas de su valle o zona, y cómo ciertos «dejes» o «acentos» son rechazados, haciéndole siempre comprender que esto se trata de un hecho social, no lingüístico.

Parece ser que este segundo método únicamente puede alcanzar éxito en lo que respecta al lenguaje escrito, que es una actividad menos «automática» que el lenguaje hablado. En general, lo que el maestro haga en el aula en relación con el castellano hablado probablemente resulte irrelevante debido a los factores sociales y psicológicos mencionados anteriormente. Los niños aprenderán a hablar el castellano estandarizado, que es una variante asociada a un «status» social determinado en nuestra sociedad sólo si aceptan pertenecer a aquel grupo, eso por un lado, y por otro, si consideran factible económica y socialmente llegar a él.

Un tercer método que parece estar obteniendo creciente apoyo pudiera reconocérsele como el de «*valoración de las diferencias dialectales*». Si los niños padecen las consecuencias del uso o utilización de su lengua materna, del empleo del «bable», por ejemplo, se debe más bien a las actitudes que la Sociedad como un todo, y los maestros muy en particular, adoptan hacia un lenguaje de ese tipo. Si este fuera el caso, habrían de ser entonces las actitudes las que deberían cambiarse, y no la lengua. En otras palabras, no se trata de un problema lingüístico en absoluto.

De acuerdo con este método o enfoque se debería enseñar a nuestros niños a leer el castellano, pero

aparte de eso deberíamos intentar educar al resto de nuestra sociedad en la comprensión, valoración y tolerancia del asturiano o «bable» como un sistema lingüístico complejo, válido y adecuado para nuestras relaciones sociales en un entorno cultural con personalidad propia y diferente, que no superior ni inferior, del resto del país. Es cierto que los críticos de este método lo tildarán de irremediamente utópico. Sin embargo, con el tiempo podría resultar más práctico y sencillo que los otros dos ya mencionados puesto que puede resultar más fácil el cambiar actitudes que alterar los modelos lingüísticos ya arraigados de gran parte de la población. La educación hacia la tolerancia podría llevarse a cabo en las escuelas pero sólo por medio de maestros y maestras libres de prejuicios. Los defensores de este método esperamos que a la larga se pueda llegar a una situación en la que los hablantes de variantes autóctonas se despojan del prejuicio de que «no saben hablar buen castellano». Sin embargo, la pregunta salta inmediatamente con respecto al momento presente y al futuro inmediato. Como se ha venido señalando, a la corta puede que no podamos permitirnos abandonar el «*bidialectalismo*». Hasta haber alcanzado ese grado de tolerancia los niños de nuestras cuencas mineras, de nuestras costas y zonas de montaña, junto con los procedentes de las clases obreras de nuestros grandes núcleos urbanos, con un

conocimiento exclusivo de la variante regional, se encontrarán en clara desventaja. Por esta razón abogar únicamente por esa tercera vía podría representar un olvido de las necesidades de esos niños en una sociedad democrática. Desde nuestro punto de vista, por tanto, la solución más satisfactoria para nuestros niños inmersos en una cultura castellanizada, estará en la adopción por parte de las escuelas de una combinación de los dos últimos métodos, teniendo en cuenta que el «*bidialectalismo*» es posible que sólo tenga éxito de modo muy parcial (caso del lenguaje escrito) y que puede llegar a ser peligroso al arropar cierta inseguridad lingüística, en particular si se le utiliza con cierta insensibilidad.

A guisa de resumen habría que sugerir la adopción de medidas no solamente educativas sino también esencialmente políticas que supusieran una revisión completa de las instituciones establecidas denominadas por la inercia centralista, para liberar a la gente y sobre todo al mundo obrero y campesino del complejo de impotencia para cambiar su destino, el futuro de sus vidas y las de sus hijos.

Dichas medidas tendrían que fundamentalmente ir encaminadas a la completa revalorización de nuestra lengua autóctona como obligación inexcusable de los órganos del poder político autonómico.

